

LA CASA DE LAS BRUJAS

Una nota aguda y discordante brotaba de las inexpertas manos que trataban de hacer bailar las cuerdas de un piano. Aquel sonido desentonado se entremezclaba con los desgarradores llantos nacidos del más profundo de los tormentos dispersándose así por cada una de las estancias de aquella majestuosa casa. Mientras tanto, Isabella bebía el repugnante brebaje que tanto detestaba. “Esta será la última vez”- se decía-“ya no los volveré a escuchar”. Cuidadosamente, se sentó en el borde de su cama y agarrando con fuerza las cuentas del viejo rosario, comenzó a recitar sus oraciones.

La tenue luz otoñal caía horizontalmente sobre los vastos campos que rodeaban la ciudad de Alicante. Alicante sonaba melodioso, casi tanto como el murmullo de las voces de sus gentes, y su aroma a mar y a flor de jazmín impregnaba cada una de sus calles. Aquel rostro tallado en roca como evidencia de un amor truncado e imperecedero cuidaba de sus habitantes con maternal celo, mientras éstos, agradecidos por tal cometido, se encomendaban a la Virgen de los Remedios para que protegiera a sus gallardos y vigorosos marineros. Y a mi, Beatriz Decker, ávida lectora de novelas de aventuras de piratas, me encandiló aquella encantadora ciudad costera.

El traqueteo del tren había dejado algo aturdida mi cabeza y estaba deseando llegar a mi destino, la distinguida casa de Gadea. Por aquel entonces era una joven institutriz con grandes sueños y esperanzas de futuro. Mi familia, de origen inglés, se había instalado en un pequeño pueblo del interior tras el fracaso empresarial de mi padre quien decía ser el creador de un gran imperio comercial. Pero lo cierto es que la economía familiar se resentía bastante y mis anhelos de finalizar mis estudios en París junto a los grandes artistas del momento se vieron entorpecidos.

La oferta de enseñar los conocimientos básicos a una joven damita alicantina me llegó casi por casualidad y sin dudarle ni un instante la acepté gustosamente. El habitar en la propia casa me ayudaría a ahorrar el dinero suficiente para sufragar mi estancia en la capital francesa, cantidad

que, todo sea dicho, me parecía indecorosamente elevada en proporción a las tareas que debía ejercer. Según lo convenido con el ama de la señorita, tres horas de clase por las mañanas sería suficiente. Pero sabía perfectamente que sería incapaz de someterme a tan corto tiempo de enseñanza y que mis clases no se reducirían a las simples lecciones de lectura, aritmética, música, canto y modales. Así que, armada de una pluma y de mis mejores libros, me propuse ser una guerrera de la educación, una especie de Juana de Arco de las letras, cosa que, dado mi carácter imaginativo, me hacía inmensamente feliz.

Llegué bien entrada la tarde al paseo de Gadea, por donde había multitud de parejas enamoradas disfrutando del frescor del atardecer y de la sombra que ofrecía el mar de palmeras que rodeaba la avenida. Y allí estaba, imponente, aquella casa de construcción modernista recientemente rematada con un torreón inspirado en el gótico lo que, a mi entender, le otorgaba un carácter más misterioso y extraordinario. Fascinada por lo que mis ojos contemplaban, llamé a la puerta y en escasos segundos una mujer de apariencia serena y de una rectitud encomiable, me recibió amablemente. Una vez dentro de la casa contemplé la grandiosidad de sus paredes, los detalles de las mismas, la amplitud de las estancias. El recibidor, iluminado por los débiles rayos solares que penetraban por los amplios ventanales, transmitía sosiego y hospitalidad, dos de las cualidades que, según una de las leyes no escritas de mi madre, debía poseer toda residencia.

Las instrucciones de la que resultó ser el ama de llaves fueron claras: en el primer piso se encontraban fundamentalmente la cocina y las habitaciones del servicio, en el segundo, la estancia de la señorita junto con las demás salas importantes de la casa y por último, el tercer piso, donde habitaba la señora, estaba terminantemente prohibido. “¿Y el señor?”- se me ocurrió preguntar inocentemente mientras recorríamos con ritmo los pasillos-“Al señor no se le nombra...jamás”. Ante tan tajante respuesta, mis únicas aportaciones se limitaron a los “sí señora” o a los “comprendo”, aunque mi curiosidad por tal misterio nació en ese mismo instante.

Los primeros días se desarrollaron tan rápido que apenas me di cuenta. Pronto me acostumbré al pequeño habitáculo que me habían proporcionado al final del pasillo, a los alegres días de mercado, a los domingos de lecturas en canalejas, a la compañía de Rafael, uno de los mozos de cocina con quien solía descubrir los recovecos más encantadores de la ciudad y, sobre todo, a la joven y encantadora señorita Isabella. Sus ganas de aprender me incitaban a mostrarle mucho más que unas simples cuentas. Le presenté a Olympe de Gouges y a Mary Wollstonecraft, le enseñé a pensar con Madame de Staël y a contemplar el arte con Artemisa Gentileschi. En definitiva, quería mostrarle lo que por aquel entonces no se enseñaba en los libros. Lo único que me preocupaba de Isabella era ese aire taciturno que siempre la envolvía y la tristeza que reflejaban sus ojos, junto con ese líquido amarillento que solía tomar, el cual según decía, era capaz de curar todo mal. Inocente de mí, lo achaqué a algún amor no correspondido propio de su edad. En cuanto a la señora madre, ni tan siquiera sabía su nombre y pocas veces la vi, pues solía salir de noche. Me parecía un ser extraño y, por lo visto, no era la única que tenía esa sensación. En uno de mis días libres, mientras daba un agradable paseo, escuché a unas señoras referirse a la dueña de la casa de Gadea. “¿Escuchasteis anoche los gritos?” “Sí, cada vez son peores” “Yo la vi entrar de la mano del diablo” “Dios Santo, qué horror, yo oí decir al servicio que se comió las cenizas de su marido” “Sí, y que mató a aquella joven para bañarse en su sangre para ser eternamente bella” “Es una hechicera enviada por Satán, estoy totalmente segura”.

Todos aquellos comentarios se unieron a mis interrogantes, aunque bien sabía que todos ellos eran fruto de la superstición y de las habladurías. Yo no oía gritos, sólo un piano tocado por el ama de llaves a altas horas de la noche, cosa que asociaba a alguna de sus extravagancias. Pero aún así, mi curiosidad finalmente me venció y aquella noche me dirigí hacia el tercer piso y lo recorrí de puntillas, con el nerviosismo que otorga lo prohibido. Habían numerosas puertas, pero mi intuición me dictó que abriera la última, la del torreón. Cuando entré en aquella estancia mi cuerpo se estremeció. El olor a cirio embadurnaba las paredes, había multitud de papeles esparcidos por el suelo y un libro que llamó mi atención “La biblia de las brujas”, justo al lado de una estrella de

cinco puntas dibujada en tiza en el parquet. Por un momento pensé que las habladurías eran ciertas así que, llevada por el miedo, dejé la estancia y esa noche dormí con Rafael.

Al día siguiente, aún temblorosa, comencé con las lecciones de geografía cuando Isabella me detuvo. “Mi madre no es una bruja”-dijo con la voz entrecortada-“No le digas a nadie lo que viste ayer en el torreón”. Creí haber sido mucho más discreta, pero mi huida la habría despertado. Así y todo, en ese momento, comprendí la razón de su dolor. Las semanas transcurrieron y la imagen de la estrella en el suelo no se borraba de mi mente. Sabía que aquellos símbolos no tenían ningún poder, era un simple juego de niños. Así que, con el fin de derrotar a mi propio miedo, volví a subir. Era una de las pocas noches frías que asedian Alicante y la humedad se filtraba por las paredes. La cruz seguía en el suelo y los papeles continuaban esparcidos. Me acerqué al escritorio donde encontré una foto desgastada de un hombre. El propietario de la casa, supuse. Concentrada como estaba en mi búsqueda de respuestas, no oí los pasos que se acercaban lentamente hacia la puerta hasta que escuché su voz. “Una jovencita curiosa. No me esperaba menos de ti.”- Me quedé sin palabras ante la aparición de aquella mujer. Era sorprendentemente hermosa, pero tenía unos ojos inquietos y su pulso temblaba sin cesar- “No me juzgues por lo que ves. Apenas tenía 18 años cuando llegué a esta casa. La había construido para mi, decía. Era un buen hombre, pero mayor, demasiado mayor, y yo era una niña cuando mi padre me obligó a casarme con él. Siempre me consideró un negocio el muy canalla. Al poco tiempo me enamoré de alguien prohibido y se llamaba como tú, Beatriz. Me recuerdas tanto a ella que me duele verte. Mi marido, cuando se enteró, loco de rabia, construyó este torreón y me encerró en él. A Beatriz la mató con sus propias manos. Estuve meses encerrada en esta estancia hasta que el cólera se lo llevó, a él y al pequeño bebé que acabábamos de tener. Pensé que era un castigo divino por mis pecados, ¿pero acaso es malo amar a alguien? ¿acaso Dios no predica amor para todos y sin distinción en su maldita biblia? El amor tiene muchas formas y deberíamos ser libres para sentirlos. Llevo años trayendo a espiritistas y a videntes con el fin de contactar con ella para poder decirle que descanse en paz, que la sigo amando sin culpabilidad alguna y que cuide de mi bebé hasta mi llegada.” En ese momento,

detuvo su discurso. Ambas nos mirábamos y yo seguía sin poder decir nada.” Por favor, vete con Isabella, merece la felicidad que yo no le he podido dar.”

Cuando terminó de contar su relato, la que parecía una mirada serena se tornó en locura y rompió en sollozos y lamentos. Con el corazón compungido la dejé sola y a los pocos días partimos de la casa Gadea.

Alicante nos despedía con un esplendoroso sol e Isabella se tomó su tiempo en dejar lo que hasta el momento había sido su hogar. Nos esperaba un largo viaje hasta París. Yo culminaría mis estudios en filosofía y letras y ella entraría en una escuela para señoritas para continuar con las lecciones. Le tendí mi mano y contemplé como todavía tenía la marca del rosario que posiblemente había rezado con fervor. Conforme íbamos alejándonos del paseo, giré mi cabeza para echar un último vistazo a la casa y vi como en el torreón se vislumbraba la silueta de una mujer en la ventana. Cruzamos una mirada cómplice. “Cuidaré de ella y será libre”-le aseguré.

Han pasado cuarenta años desde entonces y en todo este tiempo no he vuelto a aquella ciudad de luz y mar. Aunque los rumores que vagaban por Canalejas llegaron pronto a París, descubriendo así que los alicantinos habían bautizado a la mansión como “la casa de las brujas”, nombre que aún se oye por sus calles convirtiéndose de este modo en uno de los edificios más emblemáticos de la capital. Respecto a Rafael, aún me resguardo en sus brazos cuando me acecha el miedo e Isabella, tras varios desvaríos amorosos, acabó en brazos de un apuesto literato que le enseñó amar la literatura. De la señora de la casa Gadea nunca volvimos a saber nada. Supongo que el dolor acabaría con ella. Aún me estremezco cuando recuerdo aquel llanto, y es que, como decía un sabio escritor, los pactos más lícitos con el diablo son aquellos que se enconan en el alma.

